

MÁS SOBRE EL CLERO Y LA ARQUEOLOGÍA

Fernando Fernández Gómez
Numerario de la Real Academia de Bellas Artes de
Santa Isabel de Hungría

A Cristóbal Veny Meliá y
Mariano del Amo y de la Hera,
queridos amigos.

RESUMEN:

Artículo a modo de complemento de la Reunión celebrada en la Universidad de Sevilla sobre el papel desempeñado en el mundo de la Arqueología por algunos miembros del clero, y en la cual muchos de ellos quedaron olvidados, a los que aquí se recuerda.

Palabras clave: Clero, Arqueología, Fita, Breuil, Obermaier, Morán, Lasalde, Furgús, Saturio, Belda, Recio, Guinea, Barandiarán, Sotomayor, Del Amo, Veny.

SUMMARY:

This article is a complementary of the meeting that took place in the University of Seville dealing with the part played by some members of the clergy in the field of Archeology. Since many of them were omitted in that meeting, we intend to remember them over here.

Key words: Clergy, Archeology, Fita, Breuil, Obiermaier, Morán, Lasalde, Furgús, Saturio, Sotomayor, Del Amo, Veny.

A finales de 2001 tuvo lugar en Sevilla la “II Reunión Andaluza de Historiografía Arqueológica”, organizada por el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad y dedicada al tema de las relaciones entre “El Clero y la Arqueología” en España durante las Edades Moderna y Contemporánea, especialmente entre los siglos XVIII al XX (Beltrán y Belén, 2003).

El tema tenía indudable interés, por no haberse tratado antes nunca de manera monográfica, y en su desarrollo tomaron parte diversos investigadores y profesores de reconocido prestigio, que hablaron de Jacobo del Barco (Fombuena, 2003: 33), del P. Lasalde (Chapa, 2003: 113), de Cristóbal Jurado, el cura de Niebla (Belén, 2003: 131), de los frailes del monasterio de San Isidoro y su relación con Itálica (Luzón, 2003: 49), de los aragoneses Vicente Bardavíu, Evaristo Colera o Máximo Ruiz de Gaona (Vallespí, 2003: 165), y de otros curas de pueblo menos conocidos, de Coria del Río, La Puebla o Dos Hermanas, cuya única relación con la Arqueología parece haber sido el hecho de contestar de alguna manera al cuestionario de Tomás López para la redacción del Diccionario Geográfico de Andalucía (Escacena y Aranda, 2003: 63), pero todos ellos pertenecientes a generaciones anteriores a la nuestra, en la que todavía ha habido algunos clérigos que dedicaron mucho de su tiempo a la Arqueología, y a los que creo, por tanto, que sería de justicia añadir, pues en algunos casos realizaron notables aportaciones a la investigación. Y como con algunos de ellos mantuve además especiales relaciones de amistad a lo largo de los años, e incluso con ellos participé en algunas excavaciones arqueológicas de las que guardo grato recuerdo, me he sentido obligado a dedicarles este breve trabajo. A ellos me voy a ir refiriendo en las páginas que siguen, aunque no solo a ellos, sino también a otros clérigos de tiempos anteriores que igualmente trabajaron con mayor o menor intensidad para la Arqueología, pero que quedaron olvidados en la reunión de la Universidad de Sevilla. Y, sin que en nuestro empeño pretendamos en absoluto ser exhaustivos, trataremos de dar una visión global complementaria, para poder hacernos idea de la verdadera importancia que el clero, desde algún cardenal y diversos obispos hasta numerosos sencillos frailes, tuvo en el desarrollo de la Arqueología en España. Y es elocuente en este sentido lo que Almagro Gorbea (1999: 25) nos dice al analizar la historia del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, constatando que en su primera etapa, durante el s. XVIII, todos los anticuarios eran eclesiásticos, y casi todos ellos, curiosamente, de procedencia andaluza, sobre todo sevillana y granadina, coincidiendo además con unos años en los que la Academia desarrolló una ingente tarea,

pues a ella le correspondía el cuidado de las antigüedades en toda España, para facilitar el cual promueve la publicación de una Real Cédula “*sobre el modo de recoger y conservar los monumentos antiguos, descubiertos o que se descubran en el Reyno*”, que suponía de hecho el inicio de la legislación para la conservación de nuestro patrimonio arqueológico, adelantándose más de un siglo a las leyes que, a partir de 1911, van poniendo este patrimonio en manos de profesionales. Las funciones del Gabinete fueron siendo sustituidas además progresivamente a partir de mediados del s. XIX por las Comisiones Provinciales de Antigüedades, nombradas para poner cierto orden en las perversas consecuencias derivadas de la Desamortización de Mendizabal, uno de los mayores desastres sufridos por nuestro patrimonio cultural, solo comparable, a juicio de Almagro Gorbea (1999: 29), a la Invasión Francesa y la Guerra Civil.

Nos fijaremos aquí sobre todo en los clérigos que trabajaron a lo largo del siglo pasado. De los anteriores, en su mayor parte epigrafistas, pensamos que ya se ha hablado suficientemente en otras ocasiones (Arce y Olmos, 1991; Beltrán y Gascó, 1993 y 1995; Almagro, 1999: 121 ss.).

Siempre ha llamado nuestra atención el interés que muchos sacerdotes han puesto en la Arqueología, hasta el punto de haber hecho de ella una especie de ocupación secundaria en su vida. Quizá les ha movido a ello su deseo de buscar, introducirse y profundizar en el trascendental problema del origen y desarrollo del hombre, ya fuera por curiosidad o quizá para adherirse o rechazar las sugerentes tesis de Darwin o las del más cercano Teilhard. No puede por ello extrañarnos que se deba a la iniciativa de un cardenal, el dominico asturiano Fray Zeferino González, arzobispo de Sevilla en 1883, la inclusión de la Prehistoria en los planes de estudio de la Universidad, y a un sencillo presbítero, también sevillano, Manuel de la Peña, el primer Manual de Arqueología Prehistórica, impreso en nuestra ciudad en 1890, y que la primera cátedra de Prehistoria que se creara en nuestro país, estuviera precisamente a cargo de otro sacerdote, de todos conocido, Hugo Obermaier (Maier, 2003: 109).

No era raro, por tanto, ni lo es en la actualidad, encontrar recogidos en las parroquias, los conventos, las ermitas, e incluso en algunas catedrales, restos arqueológicos que unas veces habían sido hallados en los propios recintos sagrados o en sus inmediaciones y otras entregados a sus responsables por feligreses que no sabían qué hacer con ellos, antes de que las leyes establecieran el destino que debía dárseles. Sin que ello quiera decir que fuera un fenómeno exclusivamente español, pues en Francia, por esa misma época

de finales del siglo XIX, se nos dice que los estudios arqueológicos estaban casi por completo en manos del clero (Maier, 2003: 107).

En su conjunto, si aceptamos como buenas, y generalizamos, las cifras que nos proporciona Díaz-Andreu (1993/4: 197), los clérigos habrían representado un 6.8 % del total de arqueólogos que estuvieron relacionados con la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades en los primeros años de su creación, 1911. Frente a ellos hay un 23.7% de profesionales que prestaban sus servicios en Museos y un 13.5% que lo hacían en la Universidad.

Podríamos decir, por tanto, que ha sido, notable el número de clérigos que han sentido interés por la Arqueología en su todavía corta historia. Notable y muy heterogéneo, por lo que no resulta fácilmente clasificable, al ser muy diversos los motivos y circunstancias por los que se han dedicado a ella, la intensidad con que lo han hecho y los resultados obtenidos.

Con ellos podrían hacerse, a pesar de todo, tres grandes grupos, a los que añadiríamos a alguien que no nos parece haber visto citado en ninguna parte, aunque su nombre esté permanentemente entre nosotros, pues lo lleva uno de los institutos dependientes del CSIC, el de Estudios Gallegos. Nos referimos al P. Martín Sarmiento, benedictino que vivió entre 1695 y 1772, y al que no se debe confundir con Martíns Sarmento, el famoso descubridor de las citanias, el Schliemann portugués, como se le ha llamado, muerto en 1900, y muy relacionado con la ciudad de Guimaraes, donde se halla la Sociedad que lleva su nombre.

El P. Martín Sarmiento, aunque había nacido en León, en Villafranca del Bierzo, se consideró siempre también gallego, pues pasó la mayor parte de su niñez en Pontevedra. Admitido como benedictino, fue durante un tiempo cronista general de su Orden y de Indias. Nombrado posteriormente abad del monasterio de Ripoll, colaboró asiduamente con el P. Enrique Flórez en su *Hispania Sagrada*. Escribió acerca de temas muy variados, aunque prefería sobre todo los afines con las ciencias naturales. Entre los relacionados con la Arqueología pueden citarse sus “Vías militares romanas de Braga a Astorga”, complemento de la monografía sobre los “Camino de España” que le había encargado expresamente el Conde de Aranda. Y no deja de ser curioso que el famoso ministro ilustrado de Carlos III encargara un libro de este tipo a un monje de clausura que apenas se movía de su celda, hasta el punto de llegar a achacarse su muerte, ya en la ancianidad, a “la falta de ejercicio y el exceso de estudio”.

Con los de nuestra época, refiriéndonos ya a los que han llegado a trabajar durante el pasado siglo, y han conocido, por tanto, el nacimiento o el desarrollo de la Arqueología moderna, en su sentido más estricto, podríamos hacer, como

decíamos, tres grandes grupos.

Por un lado, los grandes pioneros, los clérigos inquietos por el devenir de la ciencia, preocupados por el origen del hombre, que conocen las nuevas teorías evolucionistas y que en el fondo desean poner en sus mentes y traer a las de los demás un poco de luz en ese complejo problema que se presentaba a los creyentes, y que hace veamos a Henri Breuil presentando al Papa Pio XI el cráneo de Neanderthal que acababa de aparecer en la Cueva de Saccopastore. Son en su mayor parte extranjeros que trabajan en nuestro suelo, hasta donde viene incluso el propio Teilhard de Chardin, y proceden inicialmente del mundo de la Geología y las Ciencias Naturales. Podemos considerarles, por tanto, como auténticos científicos en el pleno sentido de la palabra, sacerdotes dedicados plenamente al estudio y la investigación. Son, a grandes rasgos, personas que trabajan en el primer tercio de siglo.

A ellos se añaden pronto algunos sacerdotes españoles, sobre todo religiosos del mundo de la enseñanza, como el salesiano P. Carballo o los jesuitas Jalhay y Luissier, que hacen de la investigación algo complementario a sus esenciales tareas docentes y pastorales.

Es un grupo muy amplio y muy diverso, ya que cada uno actúa de acuerdo con sus personales circunstancias, que pueden variar de repente por ser trasladados los interesados a otros centros, o serles encargados por sus superiores otros menesteres, teniendo que dejar abandonada de repente toda actividad arqueológica. Los situaríamos en el segundo tercio del siglo, con todo el periodo de la Guerra Civil por medio. Las dificultades presupuestarias posteriores que ésta lleva consigo, hacen necesaria la presencia de voluntarios para desarrollar las actividades arqueológicas, tanto en los yacimientos como en los museos; son voluntarios que proceden de todos los campos, y entre ellos también hay clérigos.

Y en un tercer grupo, que ha llegado hasta nosotros, integraríamos a quienes, aun siendo sacerdotes, han hecho de la Arqueología su profesión o su dedicación complementaria preferente, ocupando entre los arqueólogos con frecuencia una posición de prestigio. Diríamos que son como una última generación, ya que, profesionalizadas por completo las actividades arqueológicas en todos sus aspectos, y ocupados los puestos respectivos por funcionarios, contratados o empleados de empresas privadas que en nuestros días hemos visto florecer por doquier, al ritmo que imponía la demanda de las llamadas excavaciones de urgencia o de gestión, el papel que en esos campos pueden desempeñar los miembros del clero es prácticamente nulo. El número de estos clérigos se ha visto además muy reducido, con lo cual sus trabajos de

orden social o espiritual se han ido intensificando, sin dejarles tiempo libre para dedicarse a esas actividades complementarias.

Es por ello posible que Mariano del Amo vaya a ser el último director de Museo Arqueológico que fuera sacerdote, y que el P. Sotomayor sea el último religioso que ha llegado a alcanzar merecido prestigio por sus actividades y estudios arqueológicos. Y que todo este movimiento de clérigos trabajando para o alrededor de la Arqueología haya conocido su cenit el pasado siglo XX. Teniendo que reconocer que a lo largo de esos años, desde su nacimiento, algunos han contribuido de manera notable al desarrollo de la Arqueología como ciencia.

Como personaje puente entre la generación de siglos anteriores, la de los clérigos humanistas, y los auténticos arqueólogos del siglo pasado, podríamos poner al P. Fita, pues siendo ante todo un eminente epigrafista, quizá el más grande epigrafista con que ha contado nunca la Arqueología española, no le hizo ascos al campo, y le vemos trabajar en diversos yacimientos arqueológicos y publicar las correspondientes memorias. Se trata, sin duda, de uno de los máximos impulsores del estudio de las antigüedades en España. Con razón le considera Menéndez Pelayo en su *Historia de los Heterodoxos* como una de las máximas figuras eclesiásticas del cambio de siglo. Y es que, a caballo entre uno y otro, el P. Fita constituye una referencia insoslayable en la historia de la investigación en España. Aunque nacido en Arenys de Mar (Barcelona), se había ordenado sacerdote en 1863 en León, en cuya ciudad desempeñará el cargo de Vicepresidente de la Comisión Provincial de Antigüedades, aquellas comisiones creadas a mediados del siglo XIX para controlar en lo posible el destino de los bienes del patrimonio artístico de la Iglesia desamortizados, cargo que le permitirá estar en contacto con todos los hallazgos arqueológicos que se van produciendo.

En León conoce y traba amistad con Eduardo Saavedra, ingeniero de los Ferrocarriles del Noroeste, y con Ricardo Velázquez Bosco, arquitecto que aspiraba a hacerse cargo de la restauración de la catedral de León, y primer excavador de Lancia, compitiendo con Demetrio de los Ríos, que por entonces excavaba en Itálica. A partir de entonces Velázquez Bosco será el acompañante habitual del P. Fita en sus expediciones por toda la provincia de León en busca de inscripciones y monumentos romanos.

El mismo año de su ordenación describe el hallazgo de una sepultura romana en Castrillo de Porma, y el siguiente, junto al también jesuita P. Vinadier, realiza excavaciones en una probable villa romana, a juzgar por la presencia de mosaicos, en La Milla del Río. En ellas debió de participar asimismo Eduardo Saavedra, pues la “Epigrafía romana de la ciudad de León”, publicada por Fita

en 1866, se inicia “con un prólogo y una noticia sobre las antigüedades de La Milla del Río por D. Eduardo Saavedra”.

Trasladado al Seminario Conciliar de Gerona, prosigue aquí sus trabajos arqueológicos, enfocados casi siempre al estudio de los restos epigráficos, ahora sobre todo los procedentes de Ampurias, que va publicando en “La Ilustración Española e Hispano-Americana”, de los años 71 y 72.

Desde Gerona, Fidel Fita mantiene un estrecho contacto epistolar con Juan de Dios de la Rada, futuro director del Museo Arqueológico Nacional, relacionado sobre todo con la interpretación de las inscripciones que aparecen en algunas esculturas del Cerro de los Santos, aquellas a las que se estaba dedicando otro religioso, el P. Lasalde, todas las cuales copia y estudia. Y éste será el tema sobre el que verse su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, poniendo en guardia a los estudiosos sobre la posibilidad de que se tratase de falsificaciones, lo que más tarde pudo efectivamente constatarse.

En 1874 es trasladado a Barcelona, donde continúa su labor investigadora, produciendo un buen número de trabajos sobre temas arqueológicos, siempre en su mayor parte epigráficos, pero no sólo, ya que también da a conocer, por ejemplo, “El sarcófago marmóreo del s. IV que encierra en la basílica de su nombre en Gerona las reliquias de san Félix”. Ni sólo de Cataluña, pues sigue estando en contacto con León, donde, en 1875, publica su “Legio VII Gemina. Lápidas inéditas”.

Al año siguiente se traslada provisionalmente a Madrid. Elegido Académico de la Historia, se mantendrá ligado a esta Institución durante casi 40 años, hasta el final de sus días. De ella será elegido Director en 1912, a la muerte de Menéndez Pelayo, y en ella llevará a cabo una labor investigadora difícilmente igualable, pues a partir de su ingreso, en el Boletín que entonces empieza a publicarse, y que todavía continúa, da a conocer la mayor parte de sus trabajos (Almagro Gorbea, 1999: 150). Serán, en conjunto, cerca de 700 artículos, algunos incluso después de su muerte, diciéndose de él que en sus últimos días lo único que decía echar de menos era la presencia de un amanuense al que poder dictar los trabajos que tenía en la mente.

En gran parte se trataba de dar a la luz pública, para general conocimiento, las noticias que de toda España llegaban a la Academia sobre descubrimientos y nuevos hallazgos. Para captar estas noticias se valía por lo general de sacerdotes y religiosos, de su propia Orden, jesuitas, y de otras, así como de párrocos, alcaldes, secretarios, maestros de escuela y eruditos locales de todo tipo, a algunos de los cuales introduce incluso en la Academia nombrándoles “miembros correspondientes”. Otras veces las noticias proceden de desconocidos, lo que

le valió en alguna ocasión ser denunciado por uno de sus comunicantes, por hacer pública sin permiso una de esas noticias, siendo condenado el religioso a pagar una multa (Abascal, 1999). Pero de esta forma consigue controlar y estar informado de todos los hallazgos arqueológicos que se producen en la Península. Son, por ello, muy numerosas las cartas y comunicaciones dirigidas al P. Fita que de estos corresponsales se conservan en la Academia.

En Andalucía el más constante y valorado de sus corresponsales será el cordobés Enrique Romero de Torres. También está en contacto con el francés Jorge Bonsor, afincado en Carmona, y con el inglés Horacio Sandars, ingeniero de minas interesado por la arqueología, que por entonces realizaba exploraciones por Sierra Morena (Abascal, 1999: 67), con el antes citado cura de Niebla, Cristóbal Jurado (Belén, 2003: 149), y con muchos otros, entre ellos el P. Roque Chabás, sacerdote que se ocupa de la historia y los descubrimientos de la zona de Denia (Alicante), a la que pide en alguna ocasión que acuda a predicar un novenario.

En Madrid conoce el P. Fita a Emil Hübner, que por entonces preparaba el Suplemento del Corpus de inscripciones latinas de Hispania, labor en la que Fita colaborará intensamente, ya desde sus días leoneses, enviando al sabio alemán, por el que sentía un profundo respeto, noticia de las nuevas inscripciones que iba conociendo. Con él mantuvo por este motivo una asidua correspondencia (Remesal, 2014: 161), que se prolongará, a la muerte del alemán, en 1901, en la persona de su continuador, Herman Dessau, Prof. de Historia Antigua en la Universidad de Berlín. De esa amistad deriva también la insistencia con que solicita la creación de un Museo de Antigüedades en Mérida, cuya falta había criticado el epigrafista alemán (Abascal, 1999: 57 y 65).

Desde 1879 establece definitivamente su residencia en Madrid, aunque no por ello abandonará sus viajes arqueológicos. Así en 1880 y 1882 lo vemos en Cádiz, aprovechando ese segundo viaje para visitar también Sevilla, Lora del Río y Carmona, donde tiene ocasión de saludar al citado Jorge Bonsor, una institución por aquellos tiempos en la arqueología andaluza, y con el que le unirá a partir de entonces una estrecha y larga amistad, lo que explica su presencia en la inauguración oficial del Museo de Carmona, en abril de 1887, junto a los miembros de la Sociedad Arqueológica Carmonense. Años después escribe a Bonsor para agradecerle el envío de un libro y hablarle de la probable localización de Turobriga, y de la diosa Ataegina. Le anima, además, a participar en las excavaciones que el Marqués de Monsalud está llevando a cabo en Almendralejo.

Ese mismo año de 1882 visita y documenta los restos arquitectónicos

de la villa romana de Saucedo, en Talavera de la Reina, los cuales no habrían de ser excavados, sin embargo, hasta nuestros días, transcurridos más de cien años, por M^a. Luisa Ramos, que ha localizado allí la presencia de una basílica paleocristiana con piscina bautismal de planta cruciforme (Abascal, 1999: 43; Blasco y Lucas, 2000: 293), que, sin duda, tanto le hubiera gustado conocer al sabio jesuita.

En 1884 se desplaza a Córdoba y en 1886 a Segovia para estudiar los restos de sus respectivas sinagoga y necrópolis judía. En 1888 visita las instalaciones del nuevo Museo Arqueológico de Cádiz y las excavaciones de Punta de Vaca, para conocer sobre todo el sarcófago antropoide descubierto el año anterior en su necrópolis fenicia. En 1913 vuelve a Sevilla y Carmona, en cuyo Museo una pequeña lápida recuerda aún el evento, y como fruto de este viaje publica un trabajo titulado “Nuevas inscripciones de Sevilla y Mérida”.

Realiza asimismo numerosos viajes de menor envergadura, cuyos resultados deja documentados en artículos más o menos extensos en el Boletín de la Academia, como sus “Excursiones arqueológicas a Uclés, Saelices y Cabeza de Griego”, de 1889, sus “Excursiones epigráficas”, de 1894, o las de 1903 “por Villar del Rey, Alhambra, Venta de los Santos” y otros lugares.

Fueron notables también los trabajos que dedicó al estudio de las lenguas indígenas prerromanas, sobre todo los relacionados con las lenguas ibéricas, entre ellos el del famoso bronce de Luzaga (Sigüenza) (Fita, 1885: 35). Entre los más comprometidos se hallan sus “Restos de la declinación céltica y celtibérica en algunas lápidas españolas”, de 1878.

Tan febril actividad científica, que le llevaba en ocasiones a sacar a la luz publicaciones prematuras, (Remesal, 2014: 170), no le hizo olvidarse en ningún momento de su condición de sacerdote, desarrollando asimismo una constante actividad pastoral, puesta de manifiesto en numerosos sermones y escritos. Entre los más famosos publicados se halla su “Oración fúnebre” por las víctimas del vapor Exprés, que había explotado en el puerto de Barcelona en agosto de 1875. Se tiene constancia asimismo de sus predicaciones en la Catedral de Barcelona, en las de Cádiz y Jerez de la Frontera, y en la misa de peregrinos de la de Santiago de Compostela, adonde con frecuencia pasaba sus veranos. En la de Barcelona pronuncia asimismo, en 1874, un conocido discurso panegírico, que se divulgará por escrito, sobre la Inmaculada Concepción (Abascal, 1999: 51). Durante su estancia en Madrid solía predicar con mucha frecuencia en la iglesia de las Salesas, en la Calle de Santa Engracia.

Su capacidad y equilibrio mental hizo posible asimismo que pudiera mantenerse a caballo, sin dificultad, con una personalidad muy definida que

todos respetaron, entre el liberalismo religioso, las buenas relaciones con casi todos los gobiernos que conoció, y el respeto a los postulados jesuitas, en ocasiones de una extrema dureza para una persona de tan reconocido prestigio como él, sobre todo en lo relacionado con la obediencia debida a los superiores, como se puso de manifiesto en 1893, al ser elegido por la Academia, con el respaldo de la Universidad y el Museo Arqueológico Nacional, para dirigir la sección arqueológica de la representación española en la exposición de Chicago, y negarle sus superiores de la Orden el permiso para desplazarse.

En 1909 fue nombrado por la Academia para formar parte de la Comisión constituida para estudiar las “vías romanas”, junto a A. Blázquez, su viejo amigo Eduardo Saavedra y el Marqués de Cerralbo, que por entonces se hallaba excavando en la Meseta algunas necrópolis de la Edad del Hierro, que también visita, interesándose por los materiales arqueológicos que aparecían en los ajuares funerarios (Abascal, 1999: 60).

Son numerosas las cartas que del P. Fita guarda la Academia sobre problemas arqueológicos. Ya nos hemos referido a sus contactos epistolares con Juan de Dios de la Rada a propósito de las esculturas del Cerro de los Santos, y con Jorge Bonsor. El 24 de julio de 1901 escribe a este último para comunicarle que un amigo suyo, el Dr. Victorio Molina, presbítero de Cádiz, de quien habla en el Boletín de la Academia de junio de ese mismo año, le ha comunicado la aparición de unos hornos de alfarero en un lugar próximo a la desembocadura del Guadalete, donde él piensa que debió de estar el Portus Gaditanus, mejor que en el Puerto de Santa María, como solía decirse, ya que allí se cumplían las 24 millas romanas que señalan los itinerarios antiguos. El lugar donde habían aparecido lo llaman La Mina. Y en un lugar próximo, conocido por El Tesorillo, se habían hallado asimismo algunas sepulturas romanas con ajuares e inscripciones. Pide a Bonsor, por favor, que intervenga en la excavación, pues está convencido de que allí “se ocultan inestimables tesoros arqueológicos, que V. con poco gasto puede revelar a la docta Europa”.

El 17 de junio de 1908 le escribe de nuevo a propósito de unas lápidas de las que le había hablado José Ramón Mélida, pidiéndole le aclare algunos puntos dudosos que no quedan claros en las fotografías que le ha facilitado, entre cuyas letras aparecen unas huellas de pies que, “en mi opinión tanto puedan representar los de la diosa, a quien rindieron culto los dedicantes, como los exvotos a ella ofrecidos”. Bonsor le contesta que, aunque estas lápidas parece que se hallaban en Olivares, deben de proceder de Itálica, adonde halló otras Demetrio de los Ríos, según le ha comunicado D. Manuel Campos Munilla, director del Museo. Se trata, sin duda, de las mismas lápidas que hoy se muestran al público en las

salas del Museo Arqueológico de Sevilla. El 13 de diciembre de ese mismo año le escribe de nuevo a propósito del fuste de columna de la iglesia de Santa María de Carmona, en el que se halla grabada la que cree “puede llamarse reina de la inscripciones visigótico-hispánicas”.

Inmerso por completo en la Arqueología de la Prehistoria, a la que contribuye a crear y ordenar, está el abate Breuil, sacerdote francés nacido en 1877, y muerto en 1961, el cual desarrolló en nuestro suelo la mayor parte de su labor científica. Henri Breuil es, sin duda, uno de los más eminentes prehistoriadores de la primera mitad del s. XX en todo lo que se refiere al estudio del arte rupestre y de las industrias líticas del período paleolítico. Leroi-Gourhan dirá de él que será la base sobre la que construirán sus teorías todos los que vengan detrás. A él se debe toda la terminología utilizada en el estudio del Paleolítico Inferior y Medio, Abbevillense, Clactoniense, Tayaciense, Achelense, Solutrense, Musteriense, Auriñaciense, etc.

Trabaja en la Península a lo largo de más de 6 décadas, escribiendo un total aproximado de 800 trabajos. Con razón le llamó Luis Pericot, en el Discurso pronunciado en la Sociedad Prehistórica Francesa “el Papa de la Prehistoria” (Pericot, 1957: 486).

Se le ha comparado con Darwin, en cuanto que ambos comenzaron su carrera científica durante sus años de seminario enfocada hacia el estudio de las Ciencias Naturales, aunque posteriormente se distanciaron uno de otro, ya que Darwin abandonaría su carrera eclesiástica, como pastor protestante, para dedicarse por completo a las ciencias, mientras Breuil compaginó a lo largo de toda su vida ambas vocaciones, la de sacerdote católico y la de investigador científico preocupado por el problema del origen y desarrollo cultural del hombre en sus primeros tiempos, tratando de hacer compatibles los nuevos descubrimientos de la ciencia con la fe católica. Dispensado por sus superiores de labores parroquiales y pastorales, pudo realizar frecuentes viajes por toda Europa y gran parte de Asia y África, que ni siquiera se interrumpieron durante los trágicos períodos de las dos guerras mundiales que le tocó vivir. Su trabajo se desarrolló más en contacto con el campo, visitando incansablemente cuevas y abrigos rupestres, que en su propio gabinete de estudio o en las bibliotecas de museos o universidades.

En 1904, cuatro años después de ser ordenado sacerdote, se licenciaba en Ciencias Naturales por la Universidad de París, adquiriendo una base de conocimientos geopaleontológicos que le colocaban entre los investigadores mejor formados de su tiempo.

Desde muy pronto se relaciona con Emil Cartailhac, profesor de

Antropología y Arqueología, que en 1886 había escrito una de las primeras síntesis sobre la prehistoria de la Península Ibérica: “Les âges préhistoriques de l’Espagne et du Portugal”, pero que se negaba a reconocer la autenticidad de las pinturas rupestres de la Cueva de Altamira, descubiertas en 1879 por Marcelino de Sautuola, postura que mantendrá hasta 1902, en que tiene lugar el hallazgo de las pinturas de Les Combarelles, por el propio Abate Breuil, con Capitan y Peyrony, haciendo público entonces su famoso “Mea culpa d’un esceptique”, en la revista *L’Anthropologie*. Ese mismo año ambos investigadores, Breuil y Cartailhac, viajan juntos a Altamira para documentar las pinturas de las cuevas, labor que llevan a cabo a la luz de unas velas y tumbados sobre sacos de heno. Las darán a conocer en 1906 en una publicación, “La caverne d’Altamira à Santillane, près de Santander”, patrocinada por el Príncipe Alberto I de Mónaco, el más destacado impulsor y protector de la investigación oceanográfica, botánica y prehistórica de aquellos tiempos, el cual, acompañado de Breuil, visitará Altamira en 1909. Al año siguiente el monegasco creará en París el Instituto de Paleontología Humana, nombrando para desempeñar en él la cátedra de Etnografía Prehistórica al abate Breuil, y la de Geología Cuaternaria a otro joven sacerdote, éste alemán, Hugo Obermaier, discípulo de Albrecht Penck, profesor en la Universidad de Viena, creador del sistema glaciar alpino y compañero de Breuil en numerosos viajes a través de España.

Tras su visita a Altamira con el Príncipe Alberto, se traslada Breuil hacia el Sur para estudiar los abrigos con pinturas rupestres descubiertos por Juan Cabré y el Marqués de Cerralbo en la Meseta, los que dará a conocer, juntamente con Cartailhac, en su “Nouvelles cavernes à peintures découvertes dans l’Aragon, la Catalogne et les Cantabres”.

Realiza Breuil también durante estos años diversos viajes a Andalucía para conocer y documentar algunos yacimientos. Lo sabemos por las cartas, conservadas en los archivos de la Real Academia de la Historia, que dirige a su compatriota Jorge Bonsor, excavador de la necrópolis de Carmona, pero cuya actividad arqueológica se extendía por todo el valle del Guadalquivir (Maier, 1999).

En una de estas cartas, del 10 de noviembre de 1912, lamenta Breuil no haber podido estar en Sevilla durante las fiestas de Semana Santa, como tenía previsto. Dice que lo deja para el próximo año. Y anima a Bonsor a visitar “una extraordinaria cueva con dibujos descubiertos por un amabilísimo coronel jubilado inglés, establecido en Algeciras”. Se refiere a Werner Wiloughby (1852-1922), y la cueva es “la de la Pileta (Benaoján, Málaga), un inmenso yacimiento que supongo será neolítico y que no excavaré, esta edad sobrepasa los límites

de mi especialidad; hay 5 metros de capas de cerámica bastante primitiva... Desgraciadamente no hemos encontrado Paleolítico en nuestros sondeos, y sin embargo existe en algún rincón”. Los resultados de sus estudios los dará a conocer en una obra conjunta con Hugo Obermaier y el mismo Wiloughby.

El 27 de diciembre siguiente vuelve a escribirle hablándole de sus proyectos. Irá a Algeciras a ver al coronel, después a Ubrique y sus alrededores, una o dos semanas, y más tarde a Sierra Morena, una región muy extensa, pues *“he mandado investigar todas las sierras, desde Almadén en el Oeste hasta Alcaraz en el Este; allí tengo 23 rocas pintadas que levantar, todas de estilo geométrico...; es un mes a caballo y bajo la tienda de campaña...”*

Aún no tengo ningún proyecto definido para el siguiente período... Si en el Norte no hay nada que requiera mi presencia podría volver a Sevilla o Teba y Ronda, si organizáramos un programa suficientemente serio.

Los montes de Grazalema y los que se encuentran entre Ronda y Antequera tienen muchas cuevas que no han debido ser examinadas... Si conoce usted esta zona, no tendría demasiada dificultad en hacer la expedición.”

Y termina agradeciéndole *“la cooperación que me ofrece para hacer excursiones a su bella Andalucía”*.

La proyectada visita a Sevilla por Semana Santa no llega sin embargo a realizarse, porque en marzo de 1918 de nuevo se dirige a Bonsor, desde Granada, comunicándole que está dando allí unas conferencias, en la Universidad, y que con mucho gusto iría a la de Sevilla si hay *“quienes puedan estar interesados..., yo hablo en español (y) las proyecciones son numerosas, pero no tengo aparato... En el caso de que pueda realizar mi deseo, querría conocer en Sevilla una fonda tranquila y sencilla que no cueste más de 7 u 8 francos por día, ya que no me subvencionan...”*

Quizá pueda pasar la Semana Santa en Sevilla, lo que aún no me ha sucedido”.

Y no había sucedido porque a los pocos meses se declaraba la Primera Guerra Mundial, y el Abate Breuil sería destinado por su país al Servicio de Información Naval de la Embajada de Francia en Madrid, para informar sobre los movimientos de barcos enemigos en el Mediterráneo, encontrándose a veces en dificultades entre los germanófilos españoles y acusado de espionaje, al ser considerados los abrigos rupestres que fotografiaba como lugares estratégicos. En Portugal llegó a ser incluso detenido, siendo liberado gracias a la intervención de Leite de Vasconcelos, conservador del Museo Nacional de Arqueología.

Aprovecha, sin embargo, su estancia en Madrid para viajar millares de kilómetros, a caballo, en burro, en mula, viviendo en posadas o a la intemperie,

por toda España, documentando cuevas y abrigos, sobre todo de arte rupestre esquemático y levantino, y estableciendo unos sistemas para el conocimiento del arte rupestre que posteriormente han sido seguidos de forma unánime por todos los estudiosos durante medio siglo.

Terminada la Guerra, pasa a documentar las pinturas rupestres del Sahara y, más tarde, en 1929, visita África del Sur. En 1931 viaja a China, en el transiberiano, para conocer los trabajos que allí está realizando otro sacerdote, el jesuita Teilhard de Chardin, que le ha llevado a París algunos de los objetos que está encontrando, los cuales confirman que el llamado Hombre de Pekin, hallado en el yacimiento de Chu-Ku-Tien, conocía el fuego y hacía ya uso de útiles de piedra, que sabía tallar, en contra de lo que muchos opinaban.

En 1935 se traslada a Roma para analizar el cráneo de Neanderthal hallado en Saccopastore, el cual muestra al Papa Pio XI, interesado en estos hallazgos tan de actualidad en aquellos tiempos, dada la controversia existente entre ciencia y fe, y la resistencia de muchos católicos a aceptar las nuevas teorías evolucionistas.

Es por estos años, entre 1933 y 1935, cuando ve la luz su corpus en cuatro tomos sobre las pinturas rupestres esquemáticas de la Península Ibérica, al que había precedido, en 1929, una obra sobre las pinturas rupestres del sur de Andalucía.

En los años de la Segunda Guerra Mundial llegó a enfrentarse al Gobierno de Vichy, al que dirige una carta de protesta por el trato que se estaba dando en Francia a los judíos. Recibe por ello amenazas y decide tomar el camino del exilio, trasladándose a Portugal, adonde se siente apoyado y trabajará en estrecha colaboración con Georges Zbyszewsky, dando clases en la Facultad de Letras de Lisboa. Más tarde mostrará su agradecimiento “*a aquéllos que en este país me ayudaron... en mi trabajo de exilado, a descubrir los vastos campos inexplorados, que otros continuarán descifrando... Gracias a ellos pude mantener elevada la bandera espiritual de la Ciencia..., ciencia, como yo mismo, que no conoce enemigo en el exterior, en materias en las que todos, ingleses, alemanes, italianos, rusos, chinos, escandinavos, españoles y americanos, están forzados a colaborar en esta obra humana del descubrimiento de la Verdad*” (Almagro, 1960: 253). Es en estos años cuando tiene ocasión de estudiar los materiales de las terrazas del Tajo, similares a los del Manzanares.

Aprovechará su estancia en Portugal para visitar también sus colonias, Angola y Mozambique, y acercarse nuevamente a África del Sur, donde será nombrado Profesor de la Universidad de Johannesburgo. Allí, en 1945, tendrá conocimiento del final de la Guerra y volverá a París, aunque seguirá teniendo

su residencia en Lisboa, en donde fallecerá el 14 de agosto de 1961.

Su vida podría resumirse en las palabras con que él mismo terminaba una conferencia en la Facultad de Letras de Lisboa, en 1957: *“el amor sin límites por la verdad es una disposición fundamental del espíritu, sin la cual ninguna vida humana, ni religiosa ni científica, es digna de ese nombre. Tal es el principio que ha conducido mis pasos y que nunca traté de infringir, ni para permanecer como cristiano convencido, ni para servir a la ciencia con todo el entusiasmo que mantengo todavía”* (Almagro, 1960: 246).

Íntimamente unido al abate Breuil, aunque nacido en Ratisbona, en el Sur de Alemania, en 1877, es necesario poner al ya citado Hugo Obermaier, de quien se ha dicho que “es uno de los sabios que más honran al sacerdocio católico ante los hombres de ciencia” (Espasa, Dicc.).

Discípulo del geólogo A. Penck, estuvo inicialmente dedicado, siguiendo a su maestro, al estudio de los glaciares de los Alpes, y posteriormente al de los grandes sistemas montañosos de la Península, Pirineos, Picos de Europa, Gredos, Guadarrama y Sierra Nevada.

Ejerció la docencia en la Universidad de Viena, y después en el Instituto Internacional de Paleontología Humana de París, invitado por el Príncipe de Mónaco, que en 1909 hemos visto le enviaba a estudiar las cuevas de Santander y Asturias, junto al abate Breuil, profesores ambos en el Instituto de París, y los dos interesados por los yacimientos de la Península, en la que juntos emprenderán la excavación de la Cueva del Castillo, en Santander, descubierta aquel mismo año por Alcalde del Río y en la que se ofrecía una rica sucesión de estratos arqueológicos, que identifican con restos de diversas culturas, y juntos realizarán la sistematización del arte rupestre cuaternario a partir de la aparición de las pinturas de las cuevas de Lascaux, con sus superposiciones de figuras.

Como arqueólogo Hugo Obermaier se había dado a conocer por sus exploraciones en la cueva de Willendorf (Austria), donde tuvo la fortuna de encontrar, en un campamento de cazadores de mamuts, la famosa dama que se conserva en el Museo de Historia Natural de Viena (Almagro, 1960: 231).

En España no sólo trabajó con Breuil, y publicó con el diversas obras sobre los materiales de Cueva Ambrosio (Vélez-Blanco, Almería) y otros yacimientos, sino que colaboró también con algunos arqueólogos españoles, y muy especialmente con el P. Jesús Carballo, con el que estudió la Cueva del Rey, en Villanueva (Santander), en la que habían de encontrar millares de objetos prehistóricos de época paleolítica. Juntos descubrieron y estudiaron asimismo el yacimiento de Las Carolinas, en Madrid, a orillas del Manzanares.

La Primera Guerra Mundial le sorprendió en España, en la que ya se

quedó, pasando a desempeñar la docencia en la Universidad de Madrid entre 1914 y 1936, colaborando con la Junta de Investigaciones Prehistóricas, agregado al Museo de Ciencias Naturales. Son los años en los que aparece la que podría considerarse su obra maestra, “El Hombre Fósil”, publicada en Madrid en 1916. Como testimonio de su presencia durante estos años en Andalucía tenemos su estudio del enterramiento tipo tholos de Matarrubilla, en Valencina de la Concepción (Sevilla), en 1919, y años más tarde, en 1934, en la Cueva de la Carigüela, aunque no parece haber llevado a cabo excavaciones en el propio yacimiento (Paniagua, 1998: 45). Sí parece haber trabajado aquel mismo año en Cueva Horá (Darro, Granada), en el extremo oriental de Sierra Harana (Obermaier, 1934: 225).

Aunque sea lo fundamental de su trabajo, Obermaier no se ciñó sólo sin embargo a los problemas del Paleolítico y los orígenes del hombre, sino que le vemos colaborar también en publicaciones que tratan de dar a conocer algunos de los más famosos vasos pintados de cerámica ibérica (Obermaier, 1929: 56), por su proximidad sin duda a las representaciones rupestres de los diversos abrigos levantinos que tuvo oportunidad de documentar, sobre todo los del Barranco de la Valltorta, en Castellón de la Plana (Almagro, 1960: 342). Con Breuil estudia asimismo las representaciones del Barranco de las Olivanas, en el término de Albarracín (Teruel) (Almagro, 1960: 358).

Maestro, entre otros, de Martín Almagro Basch y de Julio Martínez Santa-Olalla, profesores ambos posteriormente en la Universidad Complutense de Madrid, enlaza a través de ellos con muchos arqueólogos de nuestros días.

Con Hugo Obermaier hemos visto trabajar en Las Carolinas y en algunas cuevas de Santander, sobre todo en la de Villanueva, a otro sacerdote, el Padre Carballo, al que nos hemos referido más arriba, y al que dedicarán algunos trabajos Miguel Ángel García Guinea, su sucesor en la Dirección del Museo de Prehistoria y Arqueología de Santander (García Guinea, 1986-8: 11-17), y Madariaga de la Campa (1979: 113-119).

Salesiano, Jesús Carballo Taboada es, además de músico y novelista (Fernández y Renero, 1999: 739), un hombre de una gran formación como naturalista. Nacido en Santiago de Compostela en 1874, había estudiado en la Universidad de Madrid, pasando posteriormente a desempeñar el cargo de director del colegio salesiano de Santander, donde tuvo oportunidad de dedicarse al estudio de diversas cuevas, para lo que en ocasiones buscó la colaboración de Obermaier.

Fue el gran impulsor de los trabajos de prospección que llevó a cabo el Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander, entre cuyos

resultados se halla la localización y estudio de las Cuevas de las Chimeneas y de las Monedas, en el término de Puente Viesgo, durante los años 1952 y 53. Trabaja también en la Cueva de Atapuerca y en la de San García, en la provincia de Burgos, en la que descubre importantes pinturas rupestres y huesos de animales de diversas especies de cuya existencia en la Península no se tenía noticia.

Con Hugo Obermaier colaboran también algunos sacerdotes de la Compañía de Jesús, entre los que es preciso destacar a los PP. Jalhay, Da Cruz y Luissier, profesores todos del Colegio de Camposancos (Pontevedra), en cuyas proximidades, en la zona galaicoportuguesa, hicieron en 1924 algunos descubrimientos de materiales paleolíticos, que desde un principio atribuyeron a la cultura asturiense, lo que les movió a visitar, en 1925, los yacimientos de la costa cantábrica, para comprobar la absoluta identidad de los característicos “picos” que aparecían en unos y otros lugares, dando a conocer los resultados de sus estudios, en 1926, en un conocido trabajo sobre “El asturiense en Galicia” (López Cuevillas, 1953: 8).

Los PP. Luissier y Jalhay estudiaron juntos en 1927 otra interesante estación asturiense en la playa de La Guardia, que publicó el segundo de ellos en 1928, continuando sus exploraciones hacia el sur, en las costas de Portugal, las cuales dieron como resultado el hallazgo de importantes yacimientos de este período, que en su gran mayoría estudiaron posteriormente los arqueólogos portugueses Abel Viana y Alfonso do Paço. Son todos estos yacimientos muy difíciles de situar con exactitud cronológicamente, por hallarse siempre sobre la superficie del suelo, sin estratigrafía ni contextos arqueológicos definidos, lo cual ha hecho que se llevaran desde el Paleolítico inferior hasta el Preneolítico, utilizando la terminología de la época, e incluso hasta “época celta”, y proponiendo cambiar su nombre de “asturiense” por “ancorese”, según una estación portuguesa, la playa de Ancora, en el estuario del Miño, al sospecharse que eran más antiguos los yacimientos meridionales que los septentrionales, sospecha que pareció confirmarse con el hallazgo por otro sacerdote, el P. Henry Koehler, de nuevos yacimientos del mismo tipo en la costa marroquí, en la región de Rabat, como el P. Jalhay establece claramente en un artículo publicado en Londres en 1932. Se basaba el P. Jalhay en la presencia en los hogares y concheros asturienses de determinados moluscos que faltaban en los yacimientos portugueses (Almagro, 1960: 316).

En el primer tercio del siglo trabaja también el P. Saturio, Saturio González, monje benedictino del monasterio de Santo Domingo de Silos, en la provincia de Burgos, en la cual, y en sus alledañas, tuvo ocasión de realizar, con la colaboración de algunos jesuitas del cercano monasterio de Oña, numerosas

prospecciones superficiales, hasta llegar a formar un valioso Museo Arqueológico con fondos de casi todas las épocas, que en buena parte desaparecieron o resultaron dañados en el incendio que sufrió el monasterio en 1970.

El P. Saturio había realizado sus estudios en el poco antes rehabilitado por los monjes de Solesmes monasterio de Silos, donde acabaría profesando y ordenándose sacerdote en 1902. Interesado por la Arqueología, fue colaborador del P. Carballo y, como él, estuvo interesado no sólo por la Historia y la Arqueología, sino también por la paleontología y la botánica, recogiendo, estudiando y clasificando cuantos animales, plantas y fósiles existían en los alrededores del monasterio, y con los cuales constituiría un auténtico museo.

Para su introducción en la Arqueología parecen haber sido decisivas las visitas que hizo a diversos yacimientos de la zona, acompañando unas veces al P. Carballo y otras al abate Breuil, a los que mostró yacimientos de tanto interés como la Cueva de San García, la de la Aceña, el Barranco del Río Lobos y otros.

Estos contactos iniciales le llevarían posteriormente a convertirse en el principal conocedor de estos yacimientos, en los que realizó numerosas excavaciones y prospecciones, unas veces sólo y otras acompañado de los padres jesuitas José María Ibero y José María Rodríguez Fernández, entre las que podríamos destacar las llevadas a cabo en el cercano castro del Alto de La Yecla y en el de Solarana, y las de las cuevas de San García, del Santo, de la Aceña, del Picacho, del Asno, de Ameyugo y en algunas otras, a una de las cuales, por carecer de nombre, se le puso precisamente el suyo, del P. Saturio, como homenaje permanente a su memoria.

De todos sus trabajos dejó noticia escrita en sus “Itinerarios Arqueológicos de la Provincia de Burgos”, manuscritos conservados en el Monasterio de Silos que en ocasiones vieron la luz pública a través sobre todo del “Noticiario Arqueológico Hispánico” y de los “Informes y Memorias” de la Comisaría General de Excavaciones, con la que colaboró eficazmente como Comisario de la Provincia de Burgos, desde el final de la Guerra Civil hasta su muerte, ya octogenario, en 1958, sirviendo de valioso colaborador e informante del Prof. Martínez Santaolalla y de Basilio Osaba, Comisario General de Excavaciones el primero y Director del Museo de Burgos durante muchos años el segundo (Delibes, 1988).

Más arriba veíamos al P. Fita acudir a las llamadas e invitaciones de la recién constituida Sociedad Arqueológica Carmonense para velar por el rico patrimonio de toda aquella zona del Bajo Guadalquivir en sentido amplio, sin ceñirse a los límites geográficos del término municipal correspondiente.

Los impulsores, y el alma, de la sociedad fueron sin duda Jorge Bonsor y

los hermanos Fernández López. Su primer presidente había de ser, sin embargo, un sacerdote, D. Sebastián Gómez Muñiz, párroco de la iglesia prioral de Santa María, y en ella ingresarían más tarde también D. Manuel Burgos Alcaide y otros sacerdotes del clero diocesano de la ciudad.

También perteneció a ella desde su fundación, el 22 de mayo de 1885, el canónigo de la catedral de Sevilla D. Francisco Mateos Gago, el cual participa asimismo en diversas excavaciones promovidas por la Sociedad, aunque su relación más intensa con la Arqueología no fue a través de las excavaciones sino del coleccionismo, ya que llegó a reunir en su casa de Sevilla un considerable número de piezas, muy heterogéneas, localizadas en su mayor parte en los mercados de antigüedades. Todas ellas, a su muerte, fueron adquiridas por el Ayuntamiento de la ciudad y pasaron a constituir el núcleo esencial de lo que sería el Museo Arqueológico Municipal, posteriormente integrado en calidad de depósito en el Provincial, en cuyas salas se exponen actualmente algunas piezas que en su día pertenecieron a su colección.

Añadiríamos a este grupo de clérigos-arqueólogos del primer tercio de siglo una figura bien conocida, que trabajó entre los años 1922 y 1936. Nos referimos al P. César Morán, de la Orden de los Agustinos, el cual realizó diversas catas en el Cerro del Berrueco (Morán, 1925), uno de los más emblemáticos yacimientos de la Meseta para el conocimiento de la Edad del Hierro, y en numerosos dólmenes de las provincias de Zamora y Salamanca, excavaciones que, en algunos casos, sobre todo en el poblado de El Berrueco, fueron continuadas, o corregidas y publicadas con mayor profundidad, a la vez que sistematizados sus resultados, por el Prof. Maluquer, al incorporarse éste a la cátedra de la Universidad de Salamanca (Maluquer, 1958).

El Cerro del Berrueco, conocido desde finales del siglo anterior por los materiales arqueológicos que aportaba, fue visitado en primer lugar por Gómez Moreno a principios de siglo, y de manera más detenida por el P. César Morán desde 1918, recogiendo numerosos materiales de superficie y realizando algunas catas arqueológicas, con el patrocinio, primero, de un ilustre vecino de Béjar, D. Juan Muñoz, y con subvenciones oficiales de la Junta Superior de Excavaciones después. Se ocupó asimismo el P. César Morán de la epigrafía, las divinidades indígenas, las pinturas rupestres, los verracos, las vías de comunicación, sobre todo de la Vía de la Plata, y hasta del Paleolítico de la zona.

Aunque se le ha acusado a veces de haber trabajado con escaso rigor científico, su prestigio fue, sin embargo, considerable en su época, hasta el punto de dedicársele, en 1953, como homenaje, la publicación del número IV de la revista *Zephyrus*, órgano del Seminario de Arqueología de la Universidad

de Salamanca, fundada y dirigida por el propio Prof. Maluquer, y una de las publicaciones más emblemáticas del mundo de la Arqueología hasta nuestros días.

En este grupo podemos incluir también al P. Fidel Fuidio, sacerdote marianista fusilado en 1936¹, estrecho colaborador de Hugo Obermaier, y Pérez de Barradas, al que el Prof. Vallespi dedicó un breve estudio monográfico en la Reunión Andaluza de Historiografía de 2001 (Vallespi, 2003: 172), por lo que no nos detendremos en él. Si aprovecharemos, sin embargo, para recordar a otro historiador fusilado en Paracuellos en aquellos aciagos días de 1936, el insigne arabista Melchor Martínez Antuña, agustino de El Escorial, “sabio sacerdote..., llorado amigo”, a quien Sánchez Albornoz dedicó un sentido homenaje en sus “Cuadernos de Historia de España” (1979: 113).

También al P. Carlos Lasalde, escolapio éste, se dedicó un documentado estudio en la citada Reunión Andaluza (Chapa Brunet, 2003: 113), centrado sobre todo en sus excavaciones del Cerro de los Santos, con cuyos descubrimientos llegaría a constituir una notable colección en el Colegio de las Escuelas Pías de Yecla, la cual, después de la guerra de 1936 pasaría a formar parte de un pequeño museo municipal en la Casa de la Cultura (Fernández de Avilés, 1948: 360) que acabaría llevando el nombre de un arqueólogo andaluz casi olvidado, Cayetano de Mergelina, antiguo alumno del colegio y profesor de Historia del Arte en la Universidad de Murcia, en la que creó el Seminario de Arqueología. Al documentado estudio de Chapa Brunet solo añadiríamos el rasgo de humanidad que del P. Lasalde nos relata Azorín, que había sido alumno del colegio, en una de sus novelas (“La Voluntad”), con motivo de la visita que le hace, “*por una añoranza de los lejanos días...*”

Azorín llega al colegio. Un viejo colorado, con blancas patillas marinas y una bufanda azul, recibe su tarjeta. Y poco después el P. Lasalde aparece en el recibimiento. Está más delgado que antaño; su cara es más pálida y más buida; tiene más pronunciadas las arrugas que entrecoman su boca. Y la nerviosidad de sus manos se ha acentuado.

-No se lo que tengo –dice-; estoy así, no sé cómo, Azorín... Yo creo que es cansancio... He trabajado, he trabajado...

-Todo es vanidad, Azorín... Esto es un tránsito, un momento... Vive bien, se bueno, humilde..., desprecia las vanidades, las vanidades...”. Y recordaba posiblemente la fama que los hallazgos arqueológicos le habían proporcionado.

¹ Fue el primero que tradujo la crónica de Ibn Sahib al Salá, con referencias a la mezquita aljama almohade de Sevilla, que integró en su obra *Sevilla y sus monumentos árabes* (Roldán 2002: 13)

Junto a este primer grupo de auténticos pioneros, con frecuencia verdaderos hombres de ciencia, que llenan todo el primer tercio de siglo, tendríamos que poner a toda una pléyade de clérigos, más numerosa que la anterior, pero que sólo de manera tangencial, y movidos por las circunstancias del momento, o personales, ya de su posición como profesores en colegios, ya como párrocos o profesionales de prestigio en los diversos municipios, tienen acceso a una información que no llega ni a las Universidades ni a los más escasos y peor dotados Museos. Son, por lo general, personas que más que por una auténtica actividad arqueológica, en el pleno sentido de la palabra, considerada como una actividad científica, se sienten preocupados y atraídos por la recuperación de objetos y la fundación de museos, por pequeños que sean, donde esos objetos puedan conservarse para el futuro. Pero sin llegar más allá, pues con mucha frecuencia no se trata ni siquiera de profesores de Historia, sino de simples párrocos o frailes en contacto con feligreses, trabajadores de la tierra en su mayor parte, que podían aportarles noticias de hallazgos e incluso materiales. En ocasiones, la entidad de los hallazgos, por su calidad o su cantidad, hace que se preocupen de ellos los propios obispos, y recojan los materiales para fundar con ellos museos diocesanos o comarcales.

No se trataba, por otra parte, de un fenómeno nuevo, sino de algo que se venía haciendo desde mucho tiempo atrás, como vemos en la historia de muchos de esos museos abiertos en iglesias, monasterios o catedrales, frecuentemente alrededor de un conjunto de elementos arquitectónicos iniciales procedentes de los propios edificios y de sus sucesivas obras de transformación y renovación a lo largo del tiempo, y que son manifestación de la sensibilidad de sus responsables respectivos hacia los restos de la antigüedad y de su preocupación porque se conserven para el futuro. En la reunión andaluza habló José María Luzón del caso paradigmático del monasterio de San Isidoro del Campo y su relación con Itálica (Luzón, 2003: 49).

Pero no es un caso único. Antiguo también es el museo que el jesuita P. Furgús fundó en Orihuela (Valencia), en el llamado Palacio de Teodomiro, posterior Colegio de Santo Domingo, que todavía hoy sigue abierto y bajo la dirección de los PP. de la Compañía de Jesús. Sus fondos proceden sobre todo de yacimientos de época argárica de la zona de Orihuela y Cehegín.

Julio Furgús fue en parte contemporáneo del P. Fita, con el que estuvo en contacto. Escribió algunos trabajos sobre las ruinas de Baelo Claudia y otros yacimientos romanos de la costa gaditana, que serían publicados en Bruselas y en Madrid, en la revista *Razón y Fe* (Abascal, 1999: 53). Había sido asimismo el iniciador de las excavaciones en la necrópolis de Azaila (Teruel), donde, al

pie del cerro en el que se alza el poblado, encontró un túmulo funerario erigido sobre las ruinas de una manzana de casas, destruidas posiblemente en las guerras sertorianas, que cubría una cámara circular en la que parecía haber sido incinerado, con ricos ajuares, un personaje ibérico (García y Bellido, 1954: 432 y 441).

En la isla de Menorca, en Ciudadela, su Obispo, D. Manuel Mercader y Arroyo, llevó en 1880 al propio Seminario todas las piezas de valor arqueológico que se encontraban dispersas por las diversas iglesias de la isla, fundando un Museo Arqueológico diocesano, que todavía se halla abierto al público, con la colección inicial, incrementada con posteriores donaciones, y del que es conservador el Rector del Seminario.

Lo mismo haría en Gerona, entre 1940 y 1943, el Obispo D. José Cartaña e Inglés, el cual integra en el Seminario Diocesano un Museo Arqueológico, nombrando Director del mismo al canónigo D. Lamberto Font, encargado de la clasificación y ordenación de sus fondos, y auxiliares suyos a los también sacerdotes D. José Gudiol, que colabora con Cabré y Bosch Gimpera en las excavaciones de los poblados ibéricos de Calaceite y Mazaleón, y D. Pedro Batlle, conocido epigrafista, autor de un muy difundido en su día entre los estudiantes universitarios Manual de Epigrafía Latina, y de otro no menos conocido estudio sobre el mundo paleocristiano en la Colección *Ars Hispaniae*. Los materiales arqueológicos del nuevo Museo se extienden desde el periodo de las colonizaciones, con ejemplares procedentes de Ampurias, hasta la Edad Media, con restos escultóricos y arquitectónicos del arte románico, que en 1974 se trasladan al Palacio Episcopal.

Muy parecido es también el caso de Solsona (Lérida), donde el obispo D. Ramón Riu y Cabanas, miembro de la Real Academia de la Historia, fundó un Museo Arqueológico en 1895 con las piezas recogidas en las parroquias de la diócesis que corrían riesgo de perderse. Habilitó para ello una sala en el sobreclaustro de la Catedral, del que fue nombrado director el sacerdote D. Juan Serra Vilaró, más tarde canónigo de la Catedral de Tarragona, que fue el encargado de montar las salas de Prehistoria con materiales hallados en las excavaciones realizadas en diversos yacimientos de los valles del Segre y Llobregat, en su mayor parte publicadas en las memorias de la Junta Superior de Excavaciones. Durante los años siguientes trabajó, primero, en 1924 y 1925, en diversas estaciones ibéricas y romanas de Solsona, donde había de localizar, en Abella, el que puede considerarse primer taller de terra sigillata descubierto en España, y después, entre 1926 y 1928, en la poco antes descubierta necrópolis romano-cristiana de Tarragona. Trabajó además en otros muchos yacimientos

de la comarca, ya que, según noticias del que fuera más tarde conservador del propio Museo, el sacerdote D. Antonio Lloréns (1944: 193), Serra Vilaró excavó en ella alrededor de 130 dólmenes, que recoge en su mayor parte en su obra “La civilització megalítica a Catalunya”, publicada en 1926. Realizó asimismo diversos estudios sobre materiales de la Edad del Bronce, el vaso campaniforme, las cerámicas romanas, la metalurgia en la Prehistoria y otros.

La actuación de estos obispos nos hacen recordar a aquel otro obispo al que hace referencia Gabriel Miró (2001: 63), al hablar de mosén Orduña, el único arqueólogo de la diócesis, nos dice, al que describe como un sacerdote grande, con lentes de vaho abandonadas en la mansedumbre de la nariz, y del que asegura que, a pesar de haber completado una *Iconografía Mariana* de la diócesis, era el siervo de Dios que había dicho más irreverencias en este mundo.

Y no fueron solo obispos. También algún cardenal sintió inquietud por la arqueología de su diócesis. Y así, de la mano del Cardenal Segura nació, en 1945, en la parroquia de Santa María, de Ecija (Sevilla), otro pequeño museo que todavía puede visitarse. Sus fondos habían sido recogidos por el sacerdote D. Francisco Domínguez y procedían del término municipal propio y de los inmediatos, sobre todo Estepa y Herrera, donde fue hallada una de sus más conocidas piezas, un retrato romano en mármol de un príncipe Julio-Claudio, posiblemente Germánico.

En Covarrubias (Burgos), el párroco de la Colegiata, D. Rufino Vargas, con la colaboración del vizconde de Eza, montó un museo arqueológico en unas dependencias anejas a la iglesia, antiguo vestuario de los canónigos, que todavía permanece abierto. En el se exponen fundamentalmente materiales de época medieval procedentes tanto de la destruida abadía de Arlanza, entre ellos los sarcófagos romanos reaprovechados en los que se hallan enterrados el Conde Fernán González y su esposa doña Sancha, como de diversas ermitas abandonadas de los alrededores (Monteverde, 1944: 175).

Si entre todos estos museos arqueológicos nacidos al calor de la Iglesia tuviéramos que destacar alguno, lo haríamos con el de la Catedral de Santiago de Compostela, en el que actualmente se muestran sobre todo los restos hallados en las excavaciones realizadas por Chamoso Lamas, conservador del Museo, en el subsuelo de la catedral, levantada, como pudo constatarse en su día, sobre una necrópolis. A esta colección inicial vinieron a unirse los restos de interés arqueológico de los alrededores, dispersos por numerosas iglesias de la Archidiócesis y que no contaban con más protección que la de los respectivos párrocos.

La instalación inicial del Museo había sido obra del Canónigo López Ferreiro, autor de una obra titulada *Arqueología Sagrada*, que provisionalmente lo había colocado en la zona del Obradoiro, y entre cuyas piezas se encontraban principalmente, como parece lógico, numerosas esculturas de época románica y gótica, algunos capiteles asturianos, laudas medievales, epígrafes y otras piezas de muy diverso tipo (Sánchez Otero, 1943: 209).

Algunos de estos museitos locales no llegarían, sin embargo, nunca a cuajar, a pesar de la buena fe de sus fundadores. Como ejemplo, que conocemos muy bien, por haber tenido que estudiar sus materiales, podríamos poner el del pequeño poblado de El Raso de Candeleda, un yacimiento de la Edad del Hierro descubierto a principios de los años 30, en el que Cabré, y más tarde Maluquer, quisieron excavar, pero en el que sólo llegaría a hacerlo Antonio Molinero, aunque no publicaría nunca los resultados de sus trabajos.

Eventualmente aparecían en distintas zonas de aquel término municipal materiales arqueológicos, en su mayor parte procedentes de ajuares funerarios, los cuales comenzaron a entregar los vecinos en la iglesia, por ser el párroco la única persona que mostraba interés por ellos, hasta llegar a constituirse allí una pequeña colección (Fernández Gómez: 1986, 530). Trasladado más tarde, sin embargo, el párroco a la ciudad de Avila, la colección quedó abandonada y los materiales comenzaron a dispersarse, hasta que el alcalde pedáneo, dependiente de Candeleda, Daniel Morcuende, decidió trasladarlos a su casa, en la que nosotros tuvimos oportunidad de conocerlos y trasladarlos al Museo Arqueológico Nacional de Madrid, donde se conservan.

No conocemos el nombre del párroco, ni hemos tratado de averiguarlo, pues nada había llevado consigo. Lo dejaremos, sin embargo, como ejemplo de todo ese grupo de sacerdotes que, sin ser arqueólogos ni haber realizado nunca excavaciones, se sintieron preocupados y trabajaron desde el anonimato por la conservación del patrimonio de sus parroquias o diócesis.

Hubo también, sin embargo, en esta época sacerdotes que realizaron, a su manera, excavaciones arqueológicas. Y entre ellos destacaríamos a dos: el P. Belda y el P. Martín Recio.

La ciudad de Alicante carecía de Museo Arqueológico todavía en 1942. No fue de las ciudades que aprovecharan la coyuntura de la desamortización del s. XIX para crearlo. La memoria de los Museos Arqueológicos Provinciales de 1942 nos dice que, para subsanar esa carencia, la Excma. Diputación había decidido crearlo dentro de los locales de su propio Palacio, encargando su dirección “al ilustre arqueólogo el presbítero D. José Belda Domínguez, quien no se limitó a ordenar las colecciones, sino que las aumentó con notables ejemplares

de su propiedad particular y fruto de sus investigaciones por la provincia”.

Al P. Belda, “pintoresco P. Belda”, dice Lucas Pellicer (1991: 237), se deben, a partir de esa fecha, las más extensas memorias que cada año presentan los diversos directores de los Museos Arqueológicos de toda España para su publicación por la Inspección General de Museos Arqueológicos, que dirigió desde su creación el Prof. Navascués, y de las que aquí hemos recogido algunas noticias.

El propio P. Belda da cuenta en la memoria de 1943 (1943: 161) de sus actividades arqueológicas. Sabemos por ella que ya en 1927 excavó durante catorce meses, una “necrópolis eneolítica” en el término de Torremanzanas. Poco después, posiblemente en 1933, trabajó en El Tossal de Manises, “venerable solar de Lucentum”, donde “brotaron al golpe del pico restos de murallas y baluartes, termas y calles, cerámicas, monedas, inscripciones...” Más adelante localiza la necrópolis, en la que durante cuatro campañas de trabajos encontraron “gran cantidad de material cartaginés de Ibiza, italo-griego hispánico e iberopúnico, en su mayor parte completo”. Y en 1934 “dos pobladitos argáricos” en Onteniente y Sierra Gorda.

Detenidas sus actividades arqueológicas durante la Guerra Civil, las continuará después, excavando en diversos yacimientos de Benifallim y Penáguila, Torremanzanas de nuevo, Benidorm y su contorno, Guardamar del Segura y Jijona, la isla de Campello, la cueva de Mongó, El Molar de Elche, La Albufereta y otros (Belda, 1944: 159).

Ante la gran cantidad de materiales recogidos en todas estas excavaciones, alrededor de 3.000 piezas, que en su mayor parte se guardaban todavía en cajas en los locales de la Diputación, fue el rector de la Universidad de Valladolid D. Cayetano de Mergelina, al que antes nos hemos referido, quien, en 1941, hizo ver a su Presidente la necesidad de crear un Museo Arqueológico que las guardase y presentase debidamente, lo que se hizo en muy poco tiempo, quedando todas las piezas instaladas alrededor de una reproducción de la Dama de Elche, como pieza principal, aunque la apertura oficial del Museo no tendrá lugar hasta mayo de 1949 (Memorias 1948-9: 337), con una lección inaugural del Prof. García y Bellido.

En las Memorias de 1945 dice el P. Belda haberse dedicado preferentemente aquel año a completar la colección del Museo con materiales paleolíticos, de los que hasta entonces carecía, excavando en la Cueva del Mongó y en el llamado Fondo dels Dubots. Ese mismo año procede al estudio de las cerámicas sigillatas encontradas en las excavaciones del Tossal de Manises durante 1932, documentando 300 marcas de alfarero distintas, algunas monedas y epígrafes

romanos y piezas de bronce de diverso tipo, lucernas, espejos, campanillas, anzuelos, etc.

Durante 1946 recoge en Villajoyosa, en el llamado Cerrillo de la Torre, sin necesidad de realizar excavaciones, numerosos materiales romanos que los trabajos agrícolas y los desmontes iban sacando a la luz, destacando entre ellos una gran cantidad de “yesos decorados” y restos de un mosaico que, dice el P. Belda (1947: 167), debieron de pertenecer a una rica mansión romana, establecida posiblemente sobre una anterior “instalación colonial” de los siglos IV-III a.C.

En 1950 dice haber excavado aquel año “hasta la roca” en el poblado ibérico del Tosal de Polop o de la Cala (Belda 1950: 81), inmediato a la bahía de Benidorm, y ya nos habla de la probable existencia de yacimientos en las fértiles márgenes del Vinalopó (ibid. 1950: 90), como vendrían a confirmar las excavaciones realizadas en nuestros días. Acaba el P. Belda su informe del año 1950 diciendo que deja para la próxima memoria, “en gracia a la brevedad, ... enjuiciamientos y gráficos.” Pero lo cierto es que ya no volvemos a constatar su presencia en ellas.

Tenemos, sin embargo, un último testimonio de su continuidad en los trabajos arqueológicos. Es de 1953. Y aparece en forma de pequeña colaboración, que titula “Descubrimientos arqueológicos en Villajoyosa (Alicante)”, en el n.º. 29 de la Revista Formación, ajena a la Arqueología, en la que firma como “Académico Correspondiente de la de Historia y Director del Museo Arqueológico Provincial de Alicante”, y en la que da cuenta no de los resultados de sus propias excavaciones, como en las anteriores memorias, sino de los restos aparecidos con motivo de la construcción de una trinchera para la vía del ferrocarril. Parecía, por tanto, mantener todavía buenas relaciones con la Diputación Provincial, de la que dependía y sigue dependiendo el Museo en la actualidad, muy modernizado y actualizado, y no tan buenas ni con la Comisaría de Excavaciones, dirigida por entonces por el Prof. Martínez Santa-Olalla, que concedía los permisos de excavación, ni con la Inspección de Museos del Ministerio de Educación, que publicaba las Memorias.

Y a partir de esa fecha ya nada sabemos de él. Por los motivos que fuera, que no están claros, pues nunca pudo probarse nada de lo que al parecer se le acusó, en relación con su colección privada, fue separado poco después del servicio en el Museo para dedicarse exclusivamente a sus funciones espirituales y pastorales.

Después del alicantino P. Belda, cuya actividad arqueológica se desarrolla, como hemos visto, a caballo de la Guerra Civil, pondríamos como ejemplo de

preocupación y actividad arqueológica a los franciscanos, hermanos de sangre y de religión, Recio Veganzones, que desarrollaron sus trabajos arqueológicos principalmente en las provincias de Jaén y Sevilla, sobre todo en las localidades de Martos y Estepa.

Alejandro se dedicó con preferencia al estudio del mundo paleocristiano y visigodo. A él tiene dedicados un par de trabajos monográficos sobre los restos hallados en las ciudades de Lebrija, Osuna y Estepa, así como una probable representación martirial de Santa Eulalia de época visigoda, y diversos sarcófagos de Zuheros (Córdoba), Medina-Sidonia (Cádiz) y otras localidades, en algunos casos simples fragmentos de cubiertas (Recio, 1978: 23; 1979: 539).

Parece haber tomado parte igualmente en excavaciones en la necrópolis ibérica e iberorromana de Martos, de donde en su día dio a conocer diversos hallazgos romanos, pretendiendo establecer “nuevos métodos de investigación arqueológica” (Recio, 1962: 165).

Su hermano Martín, destinado en el Convento y Colegio de Estepa, ha escrito menos sobre arqueología, pero ha trabajado por el contrario más en el campo, ya que con sus alumnos pudo dirigir durante los años 60 y 70 del pasado siglo numerosas prospecciones por toda la provincia, e incluso en sus límites. Lo hacía al amparo de la llamada “Misión Rescate”, patrocinada por el propio Ministerio de Educación y Ciencia, con la colaboración de Radio Nacional de España y Radiotelevisión Española, con el fin de despertar en los escolares la afición por el estudio de la antigüedad y crear en ellos la inquietud por la conservación del patrimonio histórico-artístico disperso por todos los rincones de la geografía peninsular, pensando sobre todo en los lugares más apartados, hasta los que difícilmente podía llegar la actuación de autoridades o investigadores, y sí podían hacerlo con toda facilidad los niños de las respectivas localidades, dirigidos por sus profesores. Fueron muchos los yacimientos arqueológicos que en aquellos años se dieron a conocer por este medio, pero fueron muchos también los que fueron excavados sin mayores conocimientos, y los que, aun siendo excavados aparentemente de manera cuidadosa, no fueron nunca publicados (Lucas Pellicer, 1991: 239).

El Grupo del Colegio de Estepa fue uno de los más activos de toda la geografía peninsular, llegando a conseguir incluso algún premio nacional de los establecidos por los patrocinadores, y a constituir en las salas del Colegio inicialmente, y en un edificio municipal, antigua cárcel del partido judicial, después, al ser cedida la colección al Ayuntamiento, un pequeño museo arqueológico, con algunas piezas de notable interés, sobre todo restos cerámicos y escultóricos de época romana y del período de las colonizaciones.

Hay un pequeño grupo, sin embargo, de sacerdotes, formados en esa segunda etapa, e incluso en la primera, pero cuyos trabajos se han desarrollado fundamentalmente en nuestros días, que alcanzaron reconocido prestigio como arqueólogos e investigadores, en su mayor parte se trataba de profesores de Universidad, por sus aportaciones personales a un determinado campo de la investigación. Con ellos constituimos el tercer grupo de clérigos a que nos referíamos al principio.

Comenzaremos con una figura que, por la longevidad que alcanzó, podríamos haber incluido en el primer grupo, pero cuyos trabajos, sobre todo los de tipo arqueológico, han llegado hasta casi los años 70, por lo que le integraremos en este tercero. Hablamos del P. Barandiarán, José Miguel de Barandiarán, sacerdote diocesano dedicado tanto a los problemas de tipo etnológico como a los arqueológicos, sobre todo a los relacionados con la Prehistoria y el arte rupestre, desarrollando en el País Vasco una labor investigadora difícilmente equiparable.

Profesor de Historia de las Religiones durante más de 20 años en el Seminario de Vitoria, donde él mismo había estudiado, y posteriormente, tras un largo exilio en Francia, en la Universidad de Salamanca, sus trabajos merecieron la atención, ya en su juventud, de investigadores de la talla de Breuil y Obermaier. Con razón se le ha considerado, “después de más de medio siglo de actividades investigadoras, el máximo arqueólogo y etnólogo del Pueblo Vasco” (Martín de Retana, 1972). Bajo su dirección se publicaron, en 1964, los magníficos grabados de la Cueva de Altxerri, en Aya, y poco después, en 1969, los de la Cueva de Ekáin, en Deva, las dos en la provincia de Guipuzcoa. Fuera de ella estudia los conjuntos de arte esquemático de Aauri, en Alava, y Goiklau y Santimamiñe en Vizcaya.

Su carácter de etnólogo le lleva a intentar la aplicación de la mitología autóctona a los conjuntos rupestres, considerados como auténticos santuarios. En las obras de carácter esquemático interpreta a veces los signos como manifestaciones del culto a los muertos, o a seres superiores cuya presencia se manifestaría en las cuevas.

Joaquín González Echeagaray es quizá uno de los pocos representantes del clero que hizo de la Arqueología, y fundamentalmente de la Prehistoria, una de sus actividades prioritarias, llegando a compaginarla con su cargo de Presidente del Cabildo de la Catedral de Santander. Licenciado en Historia hizo su tesis doctoral sobre los “Orígenes del Neolítico en Siria-Palestina”, donde había trabajado, como lo haría, fundamentalmente en Jordania y hasta casi nuestros días, el dominico Juan Antonio Fernández-Tresguerres, profesor de la

Universidad de Oviedo, los dos recientemente fallecidos.

Siguiendo la estela de Breuil y Obermaier, dirigió González Echegaray numerosas excavaciones en yacimientos del Período Paleolítico, tanto en España, Cueva Morín, del Juyo, de la Chora, del Otero, del Rascaño, como en Oriente, en la Cueva de El Khiam, de Jordania.

En España realizó asimismo, en 1974, el estudio de las pinturas y grabados de la Cueva de las Chimeneas, cercana a la del Castillo, que habían estudiado con anterioridad Breuil y Obermaier, pudiéndose decir de él que llegó a ser posiblemente el mejor conocedor del arte rupestre paleolítico en Cantabria. Fue también Director del Museo Nacional de Altamira, en cuya cueva llevó a cabo asimismo excavaciones, y del Etnográfico de Cantabria, y Vicedirector del de Prehistoria y Arqueología, que había estado inicialmente al cuidado de otro sacerdote del que ya hemos hablado, el salesiano Jesús Carballo, con el que publicó, en 1952, “Algunos objetos inéditos de la Cueva de El Pendo”.

A ese mismo campo del Paleolítico que González Echegaray y sus antecesores, se dedicó también el sacerdote Juan María Apellániz, Profesor del Departamento de Prehistoria e Historia Antigua de la Universidad de Deusto, que trabajó sobre todo en la Cueva de Atapuerca y estudió de nuevo los materiales procedentes de las de Altxerri y Ekain, que antes había estudiado el P. Barandiarán. Procede asimismo al estudio de las pinturas de las cuevas de Altamira, Lascaux y Bolinkoba (Apellaniz, 1987: 38). En Atapuerca donde estudia sobre todo los conjuntos de los niveles superficiales de la llamada Cueva Mayor, que sitúa entre el Bronce Final y el Neolítico, trabaja junto a otros dos sacerdotes, éstos jesuitas y dedicados más a la Paleontología y la Paleoantropología que a la pura Arqueología, José María Basabe Prado, de la Universidad del País Vasco, y Emiliano Aguirre, de la Complutense, que dirigiría las excavaciones de Atapuerca hasta su jubilación en 1990, cuando ya había abandonado la Compañía de Jesús.

Más que a la Arqueología a la Paleontología se dedicó también el sacerdote Francisco Sousa Valdivia, coadjutor de la parroquia de La Rinconada, al que el Prof. Vallespí (2003: 172) dedica algunas líneas en las actas de la reunión andaluza, aunque confunde la fecha de su muerte, que no tuvo lugar en 1966 sino en 1998, lo que nos dio a nosotros oportunidad de tratar con él en numerosas ocasiones, de admirar sus hallazgos en el museíto que había empezado a montar en el Instituto de Bachillerato en el que daba sus clases de religión, germen del actual Museo de La Rinconada, y de conseguir incluso que donara al Museo de Sevilla, en 1993, algunas de aquellas espectaculares defensas de *elephas antiquus* que con tanto orgullo mostraba, procedentes de las cercanas graveras

del Guadalquivir. La Universidad de Sevilla ha reconocido sus trabajos dando su nombre al Seminario que anualmente se celebra en la sede del Museo sobre los últimos descubrimientos en el mundo de la Paleontología, la Geomorfología y la Arqueología (Fernández y Baena, 2011).

Al estudio de un mundo arqueológicamente muy amplio se dedicó un fraile mallorquín bien conocido por mí, pues con él tomé parte, como estudiante, en mis primeras excavaciones, en la isla de Menorca, en el lugar denominado Cales Coves, donde el P. Cristóbal Veny llevó a cabo el que puede considerarse más importante de sus trabajos, documentando una amplia serie de cuevas de enterramiento de la Edad del Bronce, cerca de un centenar. Con anterioridad había estudiado otras similares en la isla de Mallorca, que habían sido el objeto de su tesis doctoral. Trabajó asimismo en la Cueva de la Cometa dels Morts, cerca de Lluc, Son Maimó, Tossals Verds, y l'Ull del Sol, y prestó también atención al sugerente mundo de las navetas, estudiando algunas de ellas, Son Morell y la de la Cova, analizando el problema de su cronología. Y continuando con el gusto por la epigrafía de muchos de nuestros clérigos-arqueólogos, redactó el corpus de las inscripciones baleáricas hasta época árabe. Pero como hace pocos años se le ha dedicado un homenaje en la revista Trabajos de Prehistoria, que él mismo dirigió durante algunos años, y allí pueden encontrarse, no nos detendremos en dar detalles de su vida y de su obra (Orfila Pons y Martínez Navarrete, 2008: 7).

Digno de destacar es asimismo el P. Sotomayor, Manuel Sotomayor Muro, jesuita, como el P. Fita, los PP. Jalhay y Luissier y algunos otros, pero éste dedicado no al mundo de la Prehistoria sino al de los romanos, en una doble vertiente, ya que por una parte ha estudiado las cerámicas romanas, en sentido amplio, y por otra los materiales de los primeros tiempos del cristianismo.

Interesado por las primeras, realizó excavaciones en diversos conjuntos de hornos de ánforas y de factorías de salazones, y sobre todo inició el estudio del gran complejo de Andujar, uno de los más importantes centros productores de cerámica sigillata de toda la Península.

En el sugerente tema de los primeros tiempos del cristianismo, se ha fijado especialmente en todo lo relacionado con la escultura funeraria, sobre todo los sarcófagos.

Y no podíamos olvidar a un buen amigo, con el que tuve ocasión de colaborar en diversas campañas de excavaciones y de aprender mucho de su modo de trabajar. Nos referimos a Mariano del Amo y de la Hera, director hasta su jubilación del Museo de Palencia, de donde era natural, y creador y primer director del de Huelva.

Mariano del Amo, sacerdote diocesano, al obtener por oposición la plaza

de conservador del Museo Provincial de Huelva, su actividad se centró en dos objetivos principales: la construcción de un nuevo edificio para el Museo y la localización de yacimientos arqueológicos en toda la provincia con el fin de enriquecerlo. Fruto de este trabajo de prospección fue el descubrimiento de nuevas necrópolis de cistas de la Edad del Bronce dispersas por toda la geografía onubense, excavando las de El Becerrero, El Castañuelo, Las Mesas, y alguna otra de menor importancia. En el mismo Castañuelo sacó a la luz un pequeño poblado que fue el primero en ser atribuido a los *celtici* de la Beturia. Dirigió asimismo las excavaciones iniciales en los teatros romanos de Medellín (Badajoz) y Acinipo (Ronda), documentando los elementos esenciales de sus estructuras, y codirigió las de la ciudad de Niebla, con los Prof. Belén Deamós, Fernández Miranda y Balbín Berhman, y las de El Saucejo (Sevilla), con nosotros, para tratar de documentar las tablas de bronce de la *lex irnitana* que habían aparecido en el mercado de antigüedades procedentes de excavaciones clandestinas en aquél yacimiento. El análisis de estas tablas sería su último trabajo en Andalucía. Con anterioridad había estudiado numerosos materiales de los fondos del Museo de Huelva, epígrafes, cerámicas, esculturas, etc. Con el fin de dar a conocer los hallazgos de la provincia fundó y dirigió la revista Huelva Arqueológica, asociada al Instituto de Estudios Onubenses, que curiosamente lleva el nombre de otro sacerdote, el P. Marchena.

A pesar de la importante labor que estaba realizando en la provincia de Huelva, la inseguridad laboral que para los funcionarios se cernía al producirse el proceso de transferencias del Ministerio a la Junta de Andalucía, y que terminaría con el cese de todos los directores de Museos, le llevó a pedir el traslado al Museo de Palencia cuando éste se encontraba en un momento crucial, ya que, después de varios años cerrado al público, disponía entonces de un nuevo edificio que era necesario convertir en Museo, hecho que tuvo lugar bajo su dirección en octubre de 1997.

Cuando se observa la gran cantidad de sacerdotes diocesanos, incluso canónigos y obispos, frailes y hasta monjes interesados por la Arqueología, uno siente la necesidad de preguntarse a qué puede deberse esta inclinación. Y se nos ocurre pensar que es la respuesta lógica a una situación personal de privilegio e inquietud, que les permite, por un lado, estar en contacto con un gran número de personas que pueden transmitirles noticias de interés referidas a los lugares más apartados, ya directamente, mediante los feligreses que trabajan la tierra, ya por medio de los niños de las escuelas o catequesis que les llevan noticias de hallazgos de interés e incluso los propios hallazgos, y, por otro lado, disponer de suficiente tiempo libre y de instalaciones adecuadas que les sirvan de infraestructura para

poder desarrollar sus trabajos arqueológicos. Eran, por otra parte, en muchas ocasiones, las únicas personas en los pueblos con suficiente cultura como para discernir lo que podía ser o no antiguo y tener o no interés. Y eran, además, personas que al no tener obligaciones laborales permanentes podían dedicar a la visita de los supuestos yacimientos y al estudio de las antigüedades un tiempo del que otras personas carecían. En el caso de los frailes dedicados a la enseñanza podían encontrar además en esas actividades un complemento adecuado a sus clases teóricas, con un indudable atractivo para los niños.

Son, en el fondo, las mismas razones por las que también se han dedicado en ocasiones a la Arqueología médicos, y pensamos en Lázaro de Castro, descubridor de la necrópolis de Palenzuela, veterinarios, como Antonio Molinero, delegado durante muchos años de excavaciones en la zona de Segovia-Avila y primer excavador de las necrópolis de Chamartín de la Sierra y El Raso; maestros, como Teógenes Ortego, Delegado en la zona de Soria; ingenieros, como Emeterio Cuadrado o Carlos Cerdán, e incluso militares, como el Coronel D. Jesús García de Soto. Son personas que por su actividad profesional tenían la oportunidad de visitar pueblos y estar en contacto con campesinos, a través de los cuales recibían la noticia de la existencia de yacimientos e incluso materiales arqueológicos de interés en calidad de regalos, lo que con frecuencia les llevaba a la formación de colecciones privadas, y estamos pensando en el Dr. Marcelino Peña, de Candeleda (Ávila), que en el siglo pasado recibió como pago de una intervención quirúrgica un par de torques de oro encontrados casualmente por un campesino, y que en la actualidad guarda todavía su familia (Fernández Gómez, 1979:395).

Es, por tanto, su situación de privilegio, desde el punto de vista arqueológico, en los lugares más apartados, su contacto con las gentes que se dedican al trabajo del campo, su formación cultural y la posibilidad de dedicarse a actividades no remuneradas, lo que facilita el que puedan dedicarse, por lo general sólo de manera complementaria, a las actividades arqueológicas. Al vivir además, en el caso de los clérigos, en determinadas parroquias o conventos en los que se pueden depositar los hallazgos, y no llevarse éstos consigo cuando son trasladados a otros lugares, ha facilitado que en esos centros se hayan formado pequeños museos, de interés por lo general sólo local, secundario, pero a veces con gran número de materiales aportados por niños, feligreses o vecinos.

Es una situación que no se da, ni podría darse, en la actualidad, al hallarse, por una parte, reglamentadas las actividades arqueológicas y prohibido cualquier tipo de prospecciones, y, por otra, por haber trascendido a todos los ambientes, a través de los medios de difusión, el posible valor económico de los hallazgos,

lo que hace que cada cual se guarde lo que encuentra, si tiene la fortuna de encontrar algo, y trate de entregarlo, como debe, a cambio de la indemnización que legalmente le corresponde, o de venderlo cuanto antes por el medio que sea. Cualquier cosa antes que decírselo al cura o dárselo al niño para que lo enseñe al maestro. Es, en el fondo, la misma razón por la que hasta hace unos años era relativamente frecuente la donación a los museos de materiales encontrados casualmente en el campo o al construir una casa, figura que en la actualidad raramente se da.

Nuestra relación sabemos que no es ni mucho menos exhaustiva. Hemos procurado, no obstante, recoger a los más significativos miembros del clero, en sentido amplio, que han estado relacionados con la Arqueología en las diversas zonas o regiones de nuestro suelo. Estamos seguros de que faltan muchos. Pero tampoco era nuestra intención traerlos a todos. Valga lo aportado como muestra de la preocupación de estos sacerdotes y religiosos por la conservación de nuestro patrimonio arqueológico en unos momentos en que la Administración del Estado carecía de medios para controlar todos los hallazgos. Y agradecer el que todos esos hallazgos hayan llegado en su gran mayoría hasta nosotros, aunque sea formando parte de pequeños museos conventuales, diocesanos o parroquiales, de donde nunca se han movido y en los que todavía se conservan y pueden ser contemplados y estudiados.

BIBLIOGRAFIA

ABASCAL PALAZÓN, J.M., *Fidel Fita. Su legado documental en la Real Academia de la Historia*. Madrid, 1999.

AGUIRRE, E., CARBONELL, E. Y BERMÚDEZ DE CASTRO, J.M., *El hombre fósil de Ibeas y el Pleistoceno de la Sierra de Atapuerca*. Almazán (Soria), 1987. Junta de Castilla y León.

ALMAGRO BASCH, M., *Manual de Historia Universal. I. Prehistoria*. Madrid, 1960. Espasa-Calpe.

ALMAGRO GORBEA, M., *El Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia* (dir. y ed.). Madrid, 1999. Real Academia de la Historia.

APELLÁNIZ, J.M., "Arte rupestre en el País Vasco". En "Arte rupestre en España", Madrid, 1987, pp. 38-45. *Revista de Arqueología*.

ARCE, J. y OLMOS, R., (coord.), *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (Siglos XVIII-XX)*. Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988. Madrid, 1991.

BATLLE HUGUET, P., *Epigrafía Latina*. Barcelona, 1944.

-*Arte paleocristiano*. En *Ars Hispaniae*, II. Madrid, 1947: 183-223.

BELÉN DEAMÓS, M^a., “Arqueología y clero rural. Cristóbal R. Jurado Carrillo”. En Beltrán Fortes, J. y Belén Deamós, M^a. (editores), 2003: 131-164.

BELTRÁN FORTES, J. y BELÉN DEAMÓS, M^a., (editores), *El Clero y la Arqueología española (II Reunión Andaluza de Historiografía Arqueológica)*. Spal Monografías, IV. Sevilla, 2003. Universidad de Sevilla, Fundación El Monte.

BELTRÁN, J. y GASCÓ, F., (editores), *La antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*. Sevilla, 1993.

-*La Antigüedad como argumento, II. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*. Sevilla, 1995.

BLASCO BOSQUED, M^a.C. y LUCAS PELLICER, M^a. R., (edición y coordinación), *El yacimiento romano de La Torrecilla: de villa a tugurium*. Madrid, 2000. Universidad Autónoma.

BREUIL, H., OBERMAIER, H. y WERNER, W., *La Pileta á Benaoján (Málaga, Espagne)*. Mónaco, 1915.

-*Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*. Logny, 1933-1935.

-*Rock paintings of Southern Andalusia*. Oxford, 1929.

CARBALLO. J., *Excavaciones en la Cueva del Rey, en Villanueva (Santander)*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 53. Madrid, 1922-23.

CHAPA BRUNET, T., “El padre Carlos Lasalde y las excavaciones en el santuario ibérico del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)”. En BELTRÁN FORTES, J. y BELÉN DEAMÓS, M^a, (editores), Sevilla, 2003, pp. 113-130

DELIBES DE CASTRO, G., ESPARZA ARROYO, A., GARCÍA SOTO, E., LÓPEZ RODRIGUEZ, J.R. y MARINÉ ISIDRO, M., *La colección arqueológica del P. Saturio González en Santo Domingo de Silos*. Burgos, 1988. Diputación Provincial.

DÍAZ-ANDREU, M., “La Arqueología en España en los siglos XIX y XX”. *O Arqueólogo Português*, Serie IV, 11/12, 1993/4: 189-209.

ESCACENA CARRASCO, J.L. y ARANDA CAMPOS, A., “Arqueología en tres curas de pueblo del XVIII”. En Beltrán Fortes, J. y Belén Deamós, M^a, (editores), 2003: 63-98.

FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A., “Escultura del Cerro de los Santos. La Colección del Colegio de PP. Escolapios, de Yecla”. *Archivo Español de*

Arqueología, XXI, 1948: 360-377.

FERNÁNDEZ CARO, J.J. y BAENA ESCUDERO, R., (editores), *Arqueología, Paleontología y Geomorfología del Cuaternario en España: X Aniversario del Seminario Francisco Sousa (La Rinconada, Sevilla)*. La Rinconada, 2011. Ayuntamiento de La Rinconada.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., *Excavaciones Arqueológicas en El Raso de Candeleda*. Avila, 1986. Institución Gran Duque de Alba.

“Un tesoro de plata en el castro de El Raso de Candeleda (Ávila)”, *Trabajos de Prehistoria*, 36, 1979: 379-404.

FERNÁNDEZ PALACIOS, F. y RENERO ARRIBAS, V.M., “Introducción a la obra novelística del prehistoriador Jesús Carballo: Presentación de un proyecto en marcha”. *Sautuola*, VI, 1999: 739.

FITA, F., “Lámina celtibérica de bronce, hallada en el término de Luzaga, partido judicial de Sigüenza”. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, II, 1885: 35-44.

FOMBUENA FILPO, V., “Antonio Jacobo del Barco: un clérigo ilustrado andaluz del siglo XVIII”. En BELTRÁN FORTES, J. y BELÉN DEAMÓS, M^a, (editores), 2003, pp. 33-48.

GARCÍA Y BELLIDO, A., “Arte Ibérico”, en *Historia de España dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal*, I, 3, Madrid, 1954.

GARCÍA GUINEA, M.A., “Jesús Carballo (1874-1961). XXV Aniversario de su muerte”. *Sautuola*, 5, 1986-8: 11-17.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J., “Algunos objetos inéditos de la Cueva de El Pendo”. *Ampurias*, 14, 1952: 36-48

JALHAY, E., *L'industrie de type asturien serait elle une industrie purement locale?*. Londres, 1932.

JUNYENT, E., “El Museo Arqueológico Artístico Episcopal de Vich (Barcelona), *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 1944: 189-196.

LÓPEZ CUEVILLAS, F., “El Paleolítico del noroeste peninsular”. *Zephyrus*, IV, 1953: 6-26.

LÓPEZ, J.R., *Guía de Museos de Sevilla*. Sevilla, 1994. Fundación Luis Cernuda.

LORRIO, A.J., *Los celtíberos*. Alicante, 1997: 357, 441.

LUCAS PELLICER, R., “La arqueología no profesional: antecedentes y panorama actual”. En “*Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (Siglos XVIII-XX)*: Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988. J. Arce y R. Olmos (coord.). Madrid, 1991, p. 237.

LUZÓN NOGUÉ, J.M., “Las ruinas de Itálica y el convento de San Isidoro del Campo”. En Beltrán Fortes, J. y Belén Deamós, M^a, (editores), 2003, pp. 49-62.

MADARIAGA DE LA CAMPA, B., “Jesús Carballo, un historiador olvidado”. *Historia* 16, 34, 1979: 113-119).

MAIER, J., “Las sociedades arqueológicas en España: La Sociedad Arqueológica de Carmona”. En G. Mora y M. Díaz-Andreu (edits.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España*, Málaga, 1997: 303-310.

-*Epistolario de Jorge Bonsor (1886-1930)*. Madrid, 1999. Real Academia de la Historia.

MAIER ALLENDE, J., “Los inicios de la Prehistoria en España: Ciencia versus Religión”. En Beltrán Fortes, J. y Belén Deamós, M^a, (editores), 2003, pp. 99-112.

MALUQUER DE MOTES NICOLAU, J., *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*. Salamanca, 1958.

MARTÍN DE RETANA, J.M., Presentación del *Diccionario Ilustrado de Mitología Vasca*. Bilbao, 1972, tomo I de las Obras Completas del P. Barandiarán, en la Biblioteca de la Gran Enciclopedia Vasca.

MENÉNDEZ PELAYO, M., *Historia de los Heterodoxos*. Madrid, 1965: 22-23, BAC.

MIRÓ, G., *El obispo leproso*. Barcelona, 2001. Biblioteca El Mundo.

MONTEVERDE, J.L., “Museo parroquial de Covarrubias (Burgos)”, *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 1944: 175-177.

MORÁN, C., *Excavaciones en el Cerro del Berrueco*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 65. Madrid, 1925.

OBERMAIER, H., “Estudios prehistóricos en la provincia de Granada”. *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Arqueólogos*, 1, 1934, pp. 225-273.

OBERMAIER, H. y HEISS, H., „Iberische Prunk-Keramik vom Elche-Archena Typus“. *IPEK*, 1929, p. 56.

ORFILA PONS, M. y MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I., “Cristóbal Veny Meliá (Porreras 1925-Palma de Mallorca 2007). In memoriam”. *Trabajos de Prehistoria*, 65,1, 2008: 7-11.

PANIAGUA PÉREZ, J.P., “El final de los complejos musterienses y los comienzos del Paleolítico Superior en el Sur de la Península Ibérica”. *SPAL. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 7, 1998, pp. 45-67.

PERICOT-GARCÍA, L., *Bulletin de la Société Préhistorique Française*.

París, 54 (9): 485-548.

RAPOSO, L., “Do Somme ao Tejo: a vida e obra de Henri Breuil e sua contribuição para a Pré-história portuguesa”. *O Arqueólogo Português*, Serie IV, 11/12, 1993/4: 223-290.

RECIO VEGANZONES, A., “Baetica paleocristiana y visigoda: Estepa y Osuna (Sevilla)”. *Rivista di Archeologia Cristiana*, 54, 1978: 23-82.

-“Probable representación martirial de Santa Eulalia de Mérida en la plástica visigoda, *Revista de Estudios Extremeños*, XXXV, 3, 1979: 539-561.

“Nuevos métodos de investigación arqueológica”. *Oretania*, 10, 1962: 165-166.

REMESAL RODRÍGUEZ, J., “De re epigraphica hispana optime meritis merensque. En busca de la epigrafía y arqueología paleocristianas”. En Marzoli, D., Maier Allende, J y Schattner, Th. (editores), *Historia del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid. 4. Emil Hübner y las ciencias de la antigüedad clásica en Hispania*. Darmstadt, 2014: 161-176. Verlag Philipp von Zabern.

RIPOLL PERELLÓ, E., *El Abate Henri Breuil, 1877-1961*. Madrid, 1994. UNED.

ROLDAN CASTRO, F., “De nuevo sobre la mezquita aljama almohade de Sevilla: la versión del cronista cortesano Ibn Sahib al-Salá”. En Jiménez Martín (ed.), *Magna Hispalensis (I). Recuperación de la Aljama Almohade*. Granada, 2002: 13-22. Aula Hernán Ruiz. Cabildo Metropolitano.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, C., “La saña celosa de un arabista”. *Cuadernos de Historia de España*, 27, 1958: 5-42. Recogido en *Estudios Polémicos*, Madrid, 1979: 111-152.

SÁNCHEZ OTERO, R., *Memorias Museos Arqueológicos Provinciales*, 1943: 209.

SEGURA, C., *Tomás López. Diccionario Geográfico de Andalucía: Sevilla*. Granada, 1989. Don Quijote.

VALLESPI PÉREZ, E., “Referencias y presencias de clérigos en mi investigación del Paleolítico Inferior”. En Beltrán Fortes, J. y Belén Deamós, M^a, (editores), 2003: 165-177.